

Pedro Henríquez Ureña: la lección del maestro

Autor:
Zanetti, Susana

Revista:
Boletín de reseñas bibliográficas

2007, N° 7 y 8, pp. 201-206



Artículo

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: LA LECCIÓN DEL MAESTRO

por Susana Zanetti

“Vivió con la pluma en la mano” (p.257): podríamos valernos de esta expresión con que Pedro Henríquez Ureña caracterizó a Sarmiento para definir su propia actividad. En la escritura fue ciñendo sus tramas de pertenencia, adentrándose en un ámbito donde reconocerse como permanencia, como permanencia volcada hacia el diálogo, aunque reconociera en la acción un imperativo indomable, como confiesa a Alfonso Reyes en carta del cinco de setiembre de 1925: “Yo no soy contemplativo; quizás no soy ni escritor en el sentido puro de la palabra; siento necesidad de que mi actividad influya sobre las gentes, aun en pequeña escala”(III, 295)¹.

Sujeto casi siempre a la contingencia, muchas veces en la angustiada vivencia de la precariedad, montando y desmontando casas, añorando sus libros, Henríquez Ureña hallará en la escritura y en el trabajo de fundador y promotor de instituciones culturales un modo de paliar las consecuencias del peregrinaje y del exilio que constituyeron desde muy joven el resorte básico de su experiencia vital. Un exilio que alcanza otras proyecciones, más profundas, más íntimas. Esos “espacios de la diáspora”, parafraseando a Bhabha, que son sus sucesivas estancias en Europa y Estados Unidos son un reto, que afronta abriéndose a ellos para conjurar la ausencia. Son indicativos los consejos, entre muchos ejemplos similares, en estas cartas a Alfonso Reyes: “...en tus últimas me hablas de que no sales mucho a la calle. Ya sabes mi regla de no vivir como extranjero en ninguna parte.” (I, 242).”No debemos hacerte falta allá: acostúmbrate a preferir aquello, aun con los inconvenientes de la soledad (que yo conozco). Sobre todo, acostúmbrate a no necesitar oír el idioma castellano.”(20 de octubre de 1913, I, 156). En América Latina -México, La Habana, Argentina- ese espacio es una identidad a construir: la “patria de la justicia” es todavía “La utopía de América”, si recordamos sus famosas conferencias. Podríamos decir que dar sentido a ese espacio fue el centro de su tarea intelectual, o quizás, lisa y llanamente, su centro.

Desde muy joven, ya en sus inicios en Santo Domingo, diseña su propia actividad un rol de intelectual preocupado por intervenir en todos los órdenes de la cultura: valga simplemente recordar algunas de sus intervenciones en el campo cultural mexicano: en apenas ocho años participa en la fundación del Salón de Conferencias, del Ateneo de la Juventud, colabora en la célebre *Antología del Centenario*, actúa en la universidad, da clases en escuelas secundarias y en la Preparatoria, es cofundador de la Universidad Popular de México. Continuamente escribe en periódicos y revistas continentales y extracontinentales, siempre dispuesto a trabajar en las más diversas empresas de reflexión, de divulgación, o de participación y apoyo a las nuevas, convencido sobre todo de la necesidad de conformar y afianzar las instituciones que son fuente y vehículo de la cultura. Su tesis de doctorado en derecho, de 1914, es indicio claro de estas preocupaciones, en ella se plantea, antes de la Reforma Universitaria de 1918, los vínculos entre la Universidad y el Estado.

Comparte sus investigaciones con la cátedra en institutos populares y universitarios, en los diversos países latinoamericanos o del extranjero; y al mismo tiempo hace convivir el trabajo erudito con el tratado sencillez destinado a la enseñanza o a la divulgación. Pienso en los estudios sobre la lengua española en América, que abrieron camino en el conocimiento actual sobre el tema, y le permitieron puntualizaciones significativas respecto al problema de un americanismo que tenía como uno de sus sustentos la lengua española: “No hemos renunciado a escribir en español y nuestro problema de la expresión original y propia, comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir y cuánto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda ... Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer el sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español.” Al mismo tiempo se ocupa de la otra vertiente: publica su *Libro del idioma*, en colaboración con Narciso Binayán, o la *Gramática castellana*, con Amado Alonso, entre 1938 y 1939.

Pero además, y casi simultáneamente, a partir de 1938, desarrolla una intensa tarea, vinculada al desarrollo en la industrial cultural, colaborando con Alejandro Losada, en la concreción de su proyecto editorial: hace el prólogo de todos los tomos de *Cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal*, para *Grandes escritores de América* o proyecta la Biblioteca Americana que, en su homenaje, editará Fondo de Cultura Económica, después de su muerte.

Algunas convicciones fuertes dirigen su tarea. Por una parte, advertir los alcances y los límites de su rol. Así dice a Alfonso Reyes: “Yo he difundido por aquí la idea de que ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual ni tampoco social: es obra de un *pequeño grupo que viven en alta tensión intelectual*.” (I, 253). A ese pequeño grupo le compete revertir una situación, apoyado en la confianza de un desarrollo futuro: tomo la cita de otra carta, de 1915, también a Alfonso Reyes: “Creo en el *espesor* del intelecto español, y en que nosotros estamos (los pocos que *somos* en América, es decir, las doscientas gentes que en cada país nuestro han leído más de trescientos libros) siglos adelante de ellos. Pero somos poquísimos, no tenemos la resistencia para el trabajo y no tenemos (estúpidos!) casas editoriales que nos hagan vivir literariamente. (Y eso que serían negocio para los editores y para la literatura). Sin casas editoriales no se pueden escribir novelas y las novelas son el sesenta por ciento de la literatura moderna.” (II, 182)

Por otra, trabajar contra la improvisación, la pobreza de una afianzada cultura alta en el ámbito latinoamericano. Desde esta perspectiva establece una de sus valoraciones del modernismo: “En América necesitamos de escuelas alambicadas y complicadas, de escuelas que obliguen al escritor a rebuscar y a pensar, como el gongorismo y el modernismo. El gongorismo llenaba menos sus fines, porque era más palabrista que el modernismo y en una época de pocas ideas y de aislamiento (como fueron los tiempos coloniales en América) tenía que parar en la confusión ... En América hacen mucho daño las escuelas descuidadas, como el romanticismo: en ellas todo se vuelve ripio ...” (I, 169, 29 de octubre de 1913.)

Seguramente fueron estos trabajos también sus modos de ganarse la vida, trabajos donde la pasión disimulaba a veces el dinero escaso, o los proyectos postergados: “Todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra. Y no es pereza lo que nos detiene: es, en muchos casos, la falta de ocio, de vagar suficiente (la vida nos exige, con imperio!, otras labores).” (p. 46) Si reconoce con humor, en 1926 y en carta a Alfonso Reyes, que “está hecho una máquina de dar conferencias”, dejando en claro el trato mezquino en nuestro país, en 1930 le enumera muy sobriamente su enorme tarea: “Tengo mis tres cátedras (15 horas semanales) en el Colegio de La Plata, dos semicátedras (Literatura argentina y americana y Literatura Inglesa en el Instituto del Profesorado de Buenos Aires [6 horas]), el trabajo del Instituto de Filología en la Universidad de Buenos Aires (soy secretario) y el trabajo de una nueva cátedra de Filología castellana en la Universidad de La Plata” (correspondencia con Alfonso Reyes, p. 422, vol. 6). Su correspondencia, muchas veces escrita en los trenes, se

suma al aporte de sus memorias y a esta actividad brevemente apuntada, para darnos una perspectiva de la vida intelectual en la América Latina de estos años.

Henríquez Ureña creía, como Martí, una de sus filiaciones intensas, que “los pueblos ganan en la contemplación de altos ejemplos”. De Pedro Henríquez Ureña, como ejemplo, se hace difícil dónde anclar la elección. En el específico campo de la crítica me interesa destacar la sólida relación entre erudición, estudio e investigación, con el recurso a la palabra sencilla, accesible al académico, al especialista y a un público mucho más extenso: “Creo que voy acercándome (al menos eso procuro) a escribir en el tono de la conversación”. Si se entregaba a rigurosos trabajos de investigación, como los que realiza sobre el endecasílabo, el verso irregular en español, etc., considera necesario en esa etapa del conocimiento de la literatura hispanoamericana, los juicios abarcadores y precisos que organicen el proceso. En 1905, cuando todavía no se conocen los *Versos libres* y casi no han circulado *Ismaelillo* y *Versos sencillos*, antes de la famosa nota de Rubén Darío en *La Nación*, coloca a Martí como iniciador del modernismo, advierte el error de atender solo a su acción revolucionaria, sin reparar en la importancia de su pensamiento y de su escritura: “Muerto ayer nomás Martí se recuerda en Cuba como guerrero, cuando fue, sobre todo otra cosa, hombre de pensamiento. ... Martí habría podido ser realizador de una obra de alcance universal, y en realidad se había propuesto un vasto fin: contribuir al engrandecimiento del ideal democrático y progresista del mundo americano ... Martí fue -aunque en Cuba lo sepan pocos- uno de los grandes escritores castellanos de su siglo ... pero el estilo de Martí quería ser y era moderno, “actual” ..., etc.” Lo ubica junto a Casal, Darío, Gutierrez Nájera. Señala, además, con honestidad intelectual, el acierto de Darío Herrera al advertir que la renovación martiana fue fundamental en la poesía moderna. Luego vinieron las disputas entre los críticos al respecto, cuando muchos años antes, en menos de tres páginas, Henríquez Ureña lo había expresado con claridad en *La Discusión de La Habana* (pp. 290-291).

También tempranamente, y del mismo modo, en un periódico en español de Estados Unidos, *Novedades*, señala la significación de Darío, en la necrológica a la muerte del poeta, en 1916: “Al morir Rubén Darío, pierde la lengua castellana su mayor poeta de hoy, en valor absoluto y en significación histórica. Ninguno, desde la época de Góngora y Quevedo, ejerció influencia comparable, en poder renovador, a la de Darío”. (305)

La lucidez con que establece relaciones entre literatura y cultura latinoamericanas, con que interviene para discutir concepciones incorrectas o

prejuiciosas, ha dejado huellas, tanto como sus aportes concretos. Se advierte fácilmente en críticos e historiadores de la literatura latinoamericana, como Gutiérrez Girardot, Angel Rama, etc., así como en algunos escritores que se han interrogado sobre las particularidades de nuestra cultura, como sucede con Lezama Lima y sus ideas sobre el trasplante y la impronta del barroco para pensar la “expresión americana”, perspectiva que toma de Henríquez Ureña. Nuestra deuda incluye la valoración del barroco americano, entre otras cosas, la reinsertión de Sor Juana Inés de la Cruz, prácticamente olvidada por entonces, o las reflexiones sobre el estatuto de nuestra literatura. Coincidiendo con Alfonso Reyes -“No somos una curiosidad para aficionados, sino una porción integrante y necesaria del pensamiento universal”- Henríquez Ureña parte de la convicción de la originalidad del proceso cultural y literario hispanoamericano (no somos ni reflejo, ni mero trasplante), pero siempre atento a considerar los vínculos con la literatura y el pensamiento extracontinental insertándonos en él, evitando el encierro provinciano: “Todo aislamiento es ilusorio”, afirma, y tenemos derecho a la cultura europea. “Cualquier literatura se nutre de influjos extranjeros ... La falta de carácter, de sabor genuino, no viene del exceso de cultura ...” (p.54).

No basta el acopio de datos, el estudio de una figura, una obra, una etapa o el desarrollo de una literatura nacional, por entonces, para perfilar la voz propia latinoamericana que busca, la “búsqueda de nuestra expresión” como la llama: hace falta el texto abarcador. Es necesario plantear nuestra literatura como la indagación de una compleja red de relaciones, entre los diversos elementos que intervienen en su constitución, sea en el interior de la producción textual como en los diversos estratos que la contextualizan. Hace falta un enfoque histórico, con toda la entraña abigarrada del concepto, que se adentre en los vínculos entre literatura e historia social y política, en los lazos entre literaturas culta y populares, así como que se detenga en las relaciones con otras literaturas extracontinentales, en la incidencia de una tradición, etc. Esta empresa será en Henríquez Ureña el resultado de su continuada docencia en literatura española e hispanoamericana, que llevara a cabo, desde 1914, en México, Estados Unidos, España y Argentina, hasta que, finalmente, sus conferencias en la cátedra Charles Eliot Norton, del año académico 1940-41, fueron la base de las *Corrientes literarias en la América Hispánica*, que le llevaron más de dos años de redacción y ampliación. Busca organizar un compendio, un texto base, que diera cuenta de las concatenaciones y sus significados. Es en realidad nuestra primera historia de la literatura hispanoamericana; pocas y poco confiables había antes, la mayoría escritas en el extranjero, como la de Alfred Coester o la revisión de Menéndez Pelayo. La disciplina recién empezaba a

constituirse y fue precisamente Henríquez Ureña de los primeros que se dedicó a encararla.

Son realmente las *Corrientes literarias en la América Hispánica*, en la cual incluye en apartado el proceso brasileño, dando una orientación válida para organizaciones posteriores del concepto sobre nuestra literatura, las que organizaron una tradición, dando parámetros, fronteras y marco a nuestro proceso literario, si bien con la conciencia de que su diseño de unidad era aún utópico, pues sabía que “El gran problema de la América Hispánica fue, y lo es todavía, el de su integración social.” (p.45). Quizás desde otros enfoques, desde otras perspectivas y concepciones, todos nosotros seguimos siendo destinatarios de este mensaje, él nos marca un camino y una responsabilidad. Su trabajo intelectual y el modo en que lo llevó a cabo son una lección de un maestro de América, como esos que guiaron su búsqueda y contribuyó a definir.

NOTA

- ¹ Cito por Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, Santo Domingo, Universidad Nacional, 1978-9. Proviene de esta edición cuando hay indicación en números romanos, que señala el volumen, seguida de la página correspondiente. Las otras citas provienen de Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.